

José R. Villalón Sorzano

Juramento junto al Baobab



La finca de mi abuelo, que luego él mismo dividió y repartió entre sus cuatro hijos que lo sobrevivieron, era un modelo en su género. Al primer varón, que era mi padre, le correspondió la parte que incluía la especie de palacete que su padre – mi abuelo - había construido, y que llamábamos “la casa grande”. Delante de la casa se explayaba un inmenso espacio oblongo de cerca de medio kilómetro de ancho que, con palabra inglesa, llamábamos *el lawn*. Este no estaba igualmente cuidado en todas sus partes. La hierba estaba impecablemente cortada del lado Este y Norte. En cambio, al Oeste, donde estaba el baobab, la hierba era un poco menos cuidada, y a menudo – excepto frente a la casa grande – mostraba casi siempre cierta altura. El *lawn* estaba rodeado totalmente de una carretera de piedra blanca que ofrecía un contraste interesante con el verde de la hierba. *El lawn* casi no contenía árboles en su interior, si lo consideramos en la gran extensión de su superficie. En cambio, desde frente a la “*casa grande*” partía un caminito de *piedras planas*, inmensas, en forma de lajas, de color chocolate, que lo atravesaban totalmente. Pero - aproximadamente a mitad del

camino - era interrumpido por la presencia de una construcción, que – a pesar de sus amplias proporciones, algo inusuales para su género, llevaba justamente el nombre de *bohío*.



Por un tiempo – mientras el abuelo vivía en la casa grande, mis padres escogieron dejar la capital de la Isla y acomodarse con sus primeros hijos – que éramos ya tres, y pronto seríamos cuatro – en el ya nombrado Bohío, a la sombra de un inmenso árbol de caoba. Antes, habíamos vivido en una casita de la calle D, en el Vedado, al costado de la gran propiedad de mi abuelo, que este había comprado en su día del Conde Pozos Dulces. No he sabido nunca de quién era el dueño de la casita. Al parecer mi padre no fue el primero de la familia que vivió en ella ya que otros familiares la vivieron después. Se añadieron al bohío algunas adiciones de la modernidad, y vivíamos en condiciones cercanas al idilio. Los niños crecíamos y era preciso empezar con los primeros ejercicios escolares. Al principio, mi madre cumplía sola esos requerimientos. Mas pronto fue evidente que el número y diferencia de edad de los hijos exigiría mayor refuerzo. Mi madre pensó en un refuerzo dentro de la familia cercana. Un nombre apareció pronto entre su parentela. Se trataba de una tía suya, hermana de su padre, que desde joven había emigrado con su familia a los Estados Unidos. Habiéndose casado, procreado una hija y luego enviudado, a su tía le pareció atractivo el regreso a su país natal. (por un tiempo, la hermosa hija de Tía Fina vivió también unos meses con nosotros, y fue como el primer ejemplar de una bella mujer joven que me impresionó).

No se contó por el momento con otros factores, como el temperamento, carácter y actitudes. La tía, de nombre Josefina, era conocida por la abreviación “Tía Fina”. Mi madre y esta tía abuela nuestra se repartieron las materias escolares para enseñarnos en nuestra finca, algo lejana de buenas escuelas, y pronto los días de la familia se asimilaron un tanto a los de una pequeña escuela. Mi padre tampoco apreciaba la colaboración de nuestra tía abuela a la conversación durante las horas de almuerzo y cena. Esto se prolongó a tal punto que cuando yo entré por vez primera a una escuela, me hicieron saltar el prekinder, el kínder, el primero,

segundo y tercer grados. La primera clase que yo cursé en una escuela oficial fue el cuarto grado, en el Colegio De la Salle, en el Vedado, barrio ya muy extendido y floreciente de La Habana, cuando la familia había emigrado ya a la ciudad. Esto tuvo incluso un influjo negativo en mi vida escolar durante toda mi estancia en los grados primarios, hasta mi entrada en la escuela secundaria en el mismo colegio. No fui, tempranamente, un alumno distinguido. Eso ocurrió algo mas tarde, en Cuba, México, y nuevamente en Cuba y en Europa.

No tardaron en mostrarse los inconvenientes del mal carácter de la tía. Los niños tampoco habíamos desarrollado aún muchas destrezas de disciplina que son esenciales en las escuelas. La familia había pasado ya del *bohío* a la casa grande debido a la vuelta de los abuelos a la ciudad. Los gustos de los niños comenzaron a cambiar. En el caso mío, era evidente el cambio que mis preferencias era por las asignaturas que mi madre impartía y no por las que enseñaba la tía Fina.

Las impresiones acerca de las actitudes de la Tía abuela en la mesa de comer se extendían, evidentemente, no sólo a los hijos, sino también a los padres. A pesar del buen carácter de mi padre, la situación excedía lo normal, y sus comedidas reflexiones – por nosotros ignoradas – llegaron a conmover a mi madre, que, naturalmente, quería mantener la paz conyugal y familiar. Para mis capacidades de autocontrol, sin embargo, la presencia y actitudes de mi tía abuela resultaron penosas. El efecto sobre mis hermanos fue similar.

Otras cualidades de mi madre – más habituales en aquellos viejos tiempos, y fruto de la educación bajo la experiencia de las “Madres del Sagrado Corazón” – de que mi madre se había aprovechado en su juventud, las cuales contribuían a mantener las relaciones con la Tía Fina en una algo artificial relación de cordialidad. Sin embargo, en mi autocontrol, la experiencia de una presencia fastidiosa de la Tía resultó difícil de controlar. Mi madre nos había dicho que Jesús exigía que todos los seres humanos nos amáramos y nos respetáramos. Pero la obligación de una conducta cristiana aceptable era tan difícil como perentoria frente a la conducta de la Tía Fina. No dudo que la experiencia de la convivencia con una persona poco cordial en la familia resultara un elemento adverso incluso para mis padres. Baste contar este incidente tan desagradable, sucedido en ocasión del regreso de mis padres de un breve viaje de recreo a Nueva York, dejándonos con tía Fina (y la imprescindible presencia de las adorables “Tatas” o “Criadas”). Algo en mi conducta debe haber desagradado a Tía Fina, pues el día de regreso de mis padres, sucedido hacia el mediodía, ella decidió que yo no asistiría al momento inicial del encuentro de ellos. Debía permanecer en mi cuarto, mientras mis padres abrazaban a mis hermanos. Saliendo ellos y la tía al inmenso portal de la casa para el encuentro, aproveché para saltar por un lugar peligroso y escapar corriendo hacia la casa de mis tíos más cercanos - como a más de un kilómetro de distancia, cosa que no había hecho solo. Mis tíos de esas casas, Chana y Pimpo, suavizaron la situación y ayudaron a mi regreso, pero ese día me sentí discriminado, a lo cual mis padres no colaboraron y, más bien, trataron de ignorar.

Un día en que yo caminaba por *el lawn* en soledad, rumiando quizás sobre la condición de conflicto emocional de mi tía abuela, me fui acercando, sin proponérmelo directamente, a un árbol raro cuya presencia era excepcional. Sin duda tendría que ver con alguna experiencia en el continente africano por parte de mi abuelo o de sus amistades, pues

de esa zona del mundo procede sin dudas los árboles de esa especie, sobre todo de Madagascar. Ni en Cuba ni en ninguno de mis numerosos viajes he visto otros baobabs, excepto en otros libros de ciencia. Deben haber sido recientes a lo que ahora voy a contar, los conflictos con tía Fina y mi visita al baobab, pero no fue necesariamente el mismo día del regreso de mis padres. Lo cierto es que, acercándome poco después al siempre solitario baobab, encontré entre las hiervas un tubo de cobre, quizás de media pulgada de ancho y menos de un metro de largo. Mis sentimientos del momento me llevaron entonces a correr a la Casa Grande, y buscar un papel arrancado de una libreta, y escribir con un lápiz este texto aproximado (cuya forma refleja ya –unas sí, y otras no, las actitudes obtenidas por las enseñanzas de nuestra madre):

“Si alguna vez me decido a odiar a alguien, escribí entonces – a la primera persona que odiare en mi vida será a mi Tía Fina”. La forma reflexiva, solo “*futurible y condicionada*” en su referencia a la tía, aparecieron en mi joven vida con todo y su implícita reticencia, por las enseñanzas internalizadas de mi madre en sus reflexiones después del rezo del rosario, que realizábamos en la tardecita en espera del regreso al hogar de mi padre, después del trabajo.

Así pues, la forma adoptada en este escrito mío fue explícitamente esquiva de una decisión moral negativa clara, por el momento sirvió para guardar una cierta inocencia infantil, que sin duda me exoneraba de la necesidad de una confesión para mi cercana primera comunión, y que tuvo que a ver influyo en mis experiencias sucesivas a lo largo de mi vida. No estoy necesariamente orgulloso de esta frase temprana de mi vida, pero me ha sido útil, no para mi pundonor, pero al menos como escape para no verme obligado a mucho arrepentimiento en mi vida.
